natural. Acostada esta cabeza en una cama, á media luz la alcobà, un médico pensó ver en ella el sello de la agonía, de una agonía humana, y mandó que se llamase al confesor con urgencia. Salcillo no haría nada más viviente que la testa del San Francisco del Museo de León.

Cerrando los ojos la veo aún, ahora que el tren asturiano, á la caída de la tarde, me lleva hacia Venta de Baños para seguir en el expreso con rumbo á Francia. ¡Voy en busca de algo que se parece tan poco á estas antiguallas hermosas! Voy hacia la vida moderna, hacia las últimas revelaciones de la industria, de la ciencia, de la realidad... Y no sin melancolía—porque el pasado vive tenazmente en mí—veo borrarse del horizonte las finas siluetas de los largos chopos.

II

NO SÓLO MADRID ES CORTE

Aquel mismo numen que vela con solicitud, según decíamos, por el destino de los viajeros en las líneas del Norte, ordenó y dispuso —una estación antes de llegar á Venta de Baños, donde se cambia de tren — otro cambio, como ensayo sin duda. Nadie contaba con tan agradable sorpresa; éste dormía, aquél tenía abierta la maleta de mano y desparramados los enseres. Cada quisque antecogió sus pertenencias como pudo, gruñendo (hay gente muy gruñona) y al otro tren. Lo que más indignaba á las víctimas, era ver que había coches privilegiados y exentos. Parece inútil añadir que el reservado de señoras no fue de éstos; ¡qué había de ser! La pequeña concesión á la galantería y al decoro de las viajeras de primera (las de segunda y tercera ya sabemos que ni tienen derecho á disfrutar de la una ni á guardar el

otro) siempre se hace á regañadientes; el coche que lleva la tablilla es el hijastro.

De Venta de Baños salen con corta diferencia de tiempo tres trenes de lujo: el Sud y dos expresos. En el primer expreso me metí para seguir á San Sebastián. Iba conmigo en el reservado una rubita muy joven, casi niña, de aire candoroso. Me sorprendió verla viajar por su cuenta y riesgo, y más cuando al cruzar algunas frases, el acento me probó que no era extranjera. Estòy tan habituada á que en España las mujeres no viajen sin escolta, dueña y rodrigón, que miré con interés á aquella criatura, protegida por la misma inocencia escrita en sus azules ojos. Recordaba yo, con involuntaria sonrisa, otro episodio de otro viaje: á la salida de la estación de Madrid, un caballero de algunos sesenta, empeñado en confiar á mi custodia á su esposa, no mucho más joven, que viajaba sola por primera vez; ¡tremenda hazaña, arriesgadísima aventura!—La niña casi se disculpaba, pedía excusas por haberse atrevido á romper con la costumbre, obligada de la necesidad. Al ver que alguien la aprobaba, sonrió alegre y reconocida.

Desde el amanecer hasta llegar á San Sebastián, experimenté la impresión de no haber salido de Galicia, una Galicia en que el caserío fuese más pulcro y las fábricas numerosas. La frescura de los ribazos cubiertos de flores silvestres, de las hondonadas donde corre el agua y de las montañas frondosas, se metía por las ventanillas regocijando el alma. No existe tierra más semejante á la mía, ni raza más diferente.

Quedóse la rubita en Zumárraga, donde la esperaban su madre y su hermano, y seguí yo hasta la corte veraniega. Lo primero que ví en el andén de San Sebastián, fue la conocidísima cara de mi primo el Alcalde, Conde de Torremuzquiz, que no me esperaba á mí, pues no es adivino, sino á Don Francisco Silvela. El Presidente se bajó de su salón, tan correcto, reposado y atildado, como si no acabase de sufrir lo que más deslustra y desplancha: una noche en camino de hierro. El Alcalde abandonó al Presidente para cumplir conmigo los deberes del afecto y de la hospitalidad, y á las dos horas comencé á hacer la vida de todos los veraneantes: boulevard, paseo en la Concha, tertulias en terrazas de hoteles, noche en el Casino, baile, y al otro día ni más ni menos. Se me olvidaban en la cuenta las sesiones de pastelería francesa, donde se encuentra á la *crema* enterita, y los toros.

En mi camino hacia la Exposición, San Sebastián es descanso, y descanso muy agradable, porque lo hermosea la amistad y porque este pueblo es limpio, bonito, alegre y culto; y si en el Casino ofrece los solaces de la vida ultracivilizada, con ribetes de extranjería, en sus deliciosos alrededores hay el sabor rústico y aldeano, para mí irreemplazables. No me ocurre decir más de San Sebastián, mil veces descrito en crónicas periodísticas. Lo que observo—y no seré tampoco la primera á observarlo; Ar-

turo Campión, el insigne escritor vascongado, lo fotografió en precioso artículo—es el contraste entre la clase popular de la corte de verano y de la de invierno. Aquí la gente humilde no grita, no jura, no alborota, no canta, no requiebra, no se empuja, no se pelea, como en Madrid. Hay paz en las anchas calles, y aun á la puerta de la Plaza de Toros se desarrollan tranquilamente los acontecimientos. Dentro, y durante la lidia, no se oyen muchas barbaridades. Esa hostilidad indefinible contra los bien vestidos y los presuntos ricos, fenómeno constante en Madrid, no se indica en San Sebastián. Será el carácter y será también el convencimiento de que la forastera y bulliciosa multitud que se agita en el Casino y la Concha es una lucida finca, un río de plata.

En el Casino se juega á unos juegos hipócritamente infantiles; la bolita, los caballitos..... y en estas niñerías se pierde y gana con facilidad una porrada de dinero. No me escandalizo, ni me he escandalizado jamás. Hará muy mal quien juegue lo que no tiene ó necesita para vivir; quien pueda ó quiera derrochar, en cosas más inmorales derrochará libremente y no se asustará nadie. ¿Qué interés tiene la sociedad en que el dinero se esté parado y no cambie de dueño y crie moho? La palabra perder no significa, en este caso, sino cambio de dominio. Soy tan poco jugadora, que ni aun entiendo la marcha de casi todos los juegos; no comprendo ese goce, si lo es. Pero no me explico la razón de que otros goces más discutibles, como por

ejemplo, el de ver destripar caballos, sean permitidos, y sobre este del juego pese una represión violenta. Menos se jugaría si se leyese y estudiase y pensase más. La ley eficaz contra el juego debe llevarla dentro el individuo. De ningún sabio ni filósofo he leído que jugase. En los presidios, en la hampa, se juega. Los ociosos juegan. Es vicio de haraganes.

Ya casi me arrepiento de la digresión. Habrá quien crea que defiendo el martirio de la célebre oreja de Jorge. Por mí que la dejen en paz. Más emocionante que estirar esa oreja cuyo lóbulo, como las barbas del emperador Barbarroja, ya podrá dar tres vueltas cumplidas alrededor de una mesa bien ancha, es impulsar la rueda de la máquina política. Noble juego me parece y propio de espíritus activos y con vuelos de águila, como el de Don Francisco Romero Robledo, en cuyo hotel paso la tarde. Domínase desde allí la mejor vista de toda la Concha, y se recibe de lleno la saludable brisa que envía el abra, cautiva entre montañuelas. Al anochecer, estas montañuelas color de tinta y suavemente redondeadas, parecen los dos senos gigantescos de colosal esfinge tendida panza arriba, destacándose sobre el purpúreo fondo del Poniente.

Y en la terraza de Romero Robledo se charla mucho; la tertulia está completa; la conversación se matiza, se adorna, chispea, como pronto chispearán los fuegos artificiales en el Casino.....El que escuchase, engolosinado por la esperanza de sorprender intriga, cabildeo,

conjura, al menos maledicencia sabrosa que le diese la oculta clave de lo más serio de la comedia político-social, saldría bien chasqueado. Romero, con su gravedad andaluza y su dicción primorosa de orador, habla de toros, recuerda y echa de menos los tiempos del gran Lagartijo, tiempos áureos, que pasaron para no volver. Ya no se verá torero así en el mundo: y Romero suspira, entre bocanada y bocanada de humo del veguero.

III

DE SAN SEBASTIÁN Á PARÍS EN BARCO DE VAPOR

BASTANTES veces se han narrado las peripecias características de los viajes en tren botijo; mi paisano Luis Taboada agotó sus característicos donaires al referir cómo se embanastan treinta donde apenas caben diez, y cómo entreasoman las víctimas bajo las cestas y las botas de la merienda, menos estrujadas que las personas. Los caricaturistas refrescan el tema cada verano, y dibujan con salero esas ventanillas erizadas de líos, mástiles de guitarras y cabezas humanas sudorosas: la espuma botijil.

Hora es ya de contar las tribulaciones y molestias de los trenes de lujo, que llevan amplios salones, elegante mobiliario, cocineros, comedor, tocador, ventiladores, camas, servicio; en una palabra, los múltiples refinamientos de la civilización actual.